
Divisas y partidos
Oscar H. Bruschera
ENCICLOPEDIA
17
URUGUAYA

Divisas y partidos

Oscar H. Bruschera



"Ni vencidos ni vencedores"

Eugenio Garzón, el candidato de la unión en 1851.

Dialéctica de los orígenes

El patriciado montevideano, hijo del puerto, del racionalismo ilustrado, del liberalismo mercantil, adverso por mentalidad y por interés al turbión de los jinetes, al aduar trashumante de las castas, formalizó el estatuto jurídico de su predominio sobre el coto cerrado del territorio oriental, en la Carta jurada en 1830. Reproducía ésta el padrón de los textos en boga —con aquella nota de inoriginalidad que inquietaba a Alberdi—, acuñados por las burguesías europeas. Instauraba la República censitaria según el padrón de Bentham, y al hacerlo quedaban marginados del ejercicio de la soberanía —extrañados de la civitas cívica, ilotas en sus patrias— el peón jornalero, el trabajador doméstico, el carretero, el miliciano, el soldado de línea, el tropero, y desde luego, en cabal correlato con su petulancia ilustrada, el que no sabía leer ni escribir, en suma, el mayoritario mundo social americano. Calculaba Tomás Diago en 1862 que las tres cuartas partes de los hombres de armas llevar de la campaña, eran analfabetos. Y el Presidente Batlle en 1869, decía que si esta exclusión se hubiera fielmente efectuado, gozarían del derecho de ciudadanía, "a lo más el cuatro por ciento de sus habitantes". Era un sistema político que desde el cimiento de la propiedad "como sagrado inviolable", levantaba, frente al poder del Estado, límites a su potestad reglamentaria y a su dirección de los negocios públicos, porque el orden constitucional fundamentalmente debía impedir, el infringimiento de sus oportunidades.



La lucha del hombre con el bruto forja comportamientos que luego se insertarán en otros combates. ("La doma" de Juan Manuel Blanes)

¿Cual era el ámbito que debía ordenar y regir un Estado, tan corto de posibilidades? Una raquítica población —128.000 dio el Censo de 1835—, un cuarto de ella en la capital y el resto en la inmensa campaña o en la escasa treintena de caseríos y villorios. Un país de fronteras indefinidas y abiertas; sin caminos, ni más medios de comunicación que el caballo y la carreta; sin alambrados, con un derecho de propiedad sobre la tierra controvertido, que sólo tenía mojones en las escrituras de los notarios; sin agricultores o pastores, sedentarios y mansos; sin más centros de asociación que la pulpería, la capilla y la estancia, donde se poseían los servicios que el aparato etático, de crónica insolvencia y desvalido de poder, no podía brindar. No había escuelas por donde transcurriera la civilización de las ciudades, ni comisarías que impusieran acatamiento a una autoridad difusa y distante; apenas, algunos preceptores de aula escasa y comandantes de rústico celo.

En la ciudad y sus aledaños: una concentración humana y económica de mercaderes, barraqueros, navieros, prestamistas, usureros y latifundistas citadinos; órganos de justicia y administración; reglas y normas redactadas por la escolta abogadil cuyo elenco, una Universidad académica, desde la Guerra Grande, engrosó sin pausa. Mentalidad e intereses tendían el lazo umbilical de su dependencia, al mercado capitalista europeo.

En el otro escenario, el de la pradera: las costumbres varoniles y recias de una ganadería primitiva, a campo abierto; la movilidad de los jinetes que ignoraban hasta el arraigo de la familia estable, sustituida por un matriarcado elemental; la nucleación social de la estancia cimarrona, donde pocos peones y muchos "agregados" sostenían la autoridad paternalicia del hacendado gaucho. Allí las ásperas formas de la conducta individual nunca consintieron jerarquía no fundada en el libre acatamiento; allí el ejercicio de la autoridad desde un centro rector que intentara implantar sin éxito, el Estado español, había sido definitivamente quebrado por la Revolución, que levantó en vilo a la campaña entera y la mantuvo, durante dos décadas, en incesante guerrear.

Por efectos de la coyuntura revolucionaria, por la consolidación de las abundantes posesiones de hecho, se había multiplicado, una clase de productores modestos, ajenos al espíritu de cuerpo que tuviera el extinguido gremio de los hacendados. El trabajo organizado para la faena pecuaria, con todo lo que ella tiene de destreza, de valor personal, de esteticismo vital, se compaginaba sin esfuerzo, como dice Pivel Devoto, "con la posibilidad de ganar el sustento libremente, conduciendo cueros a los portones de Montevideo, recorriendo el campo en una carreta que hacía las veces de una pulpería volante "o contrabandeando o matrereando en la frontera", formas de actividad, cualquiera de ella, de más seductores atractivos que el trabajo asalariado. Una frugalidad ascética, la inexistencia de necesidades aún no creadas, toleraban un nivel de abundancia, misérrimo según el padrón de los requerimientos urbanos, pero suficiente para la sobriedad campesina.

Este mundo, receloso y hosco para hombres y cosas de procedencia ciudadana, de donde sólo le habían llegado incomprensión y desprecio; aferrado a un sistema de vida que no era disfuncional respecto de su peculiar escala de valores; había sido, en la tremenda peripecia revolucionaria, la forja de una legión interminable de rudos, esforzados guerreros y el plinto de largos, memoriosos, legendarios prestigios. En suma no había quedado marginal a los avatares de la más reciente historia, sino por el contrario, había asumido en ella, el protagónico papel. Las lanzas y los brazos de sus hijos, habían alumbrado el país en que vivían, y allí habían erigido sólidos pilares de autoridad y mando. No era viable, en semejante comarca de centauros, en aquel pueblo de hombres fuertes y libres, una legalidad que ellos no aceptaran; ni tampoco la prescindencia y el extrañamiento, que rompían con violentas, estruendosas irrupciones.

En el principio, fueron los caudillos . . .

La atracción carismática, ese mágico sortilegio, tan incomprensible a la luz de cualquier pauta racional, porque pertenece a la psicología del mundo afectivo, es la piedra sillar del prestigio caudillista. A su honda sugestión no pudo sustraerse Manuel Herrera y Obes, en momentos en que describía, con duras palabras, la influencia, a sus ojos, delicuescente, de Rivera, para justificar su destierro, decretado por el Gobierno de la Defensa:

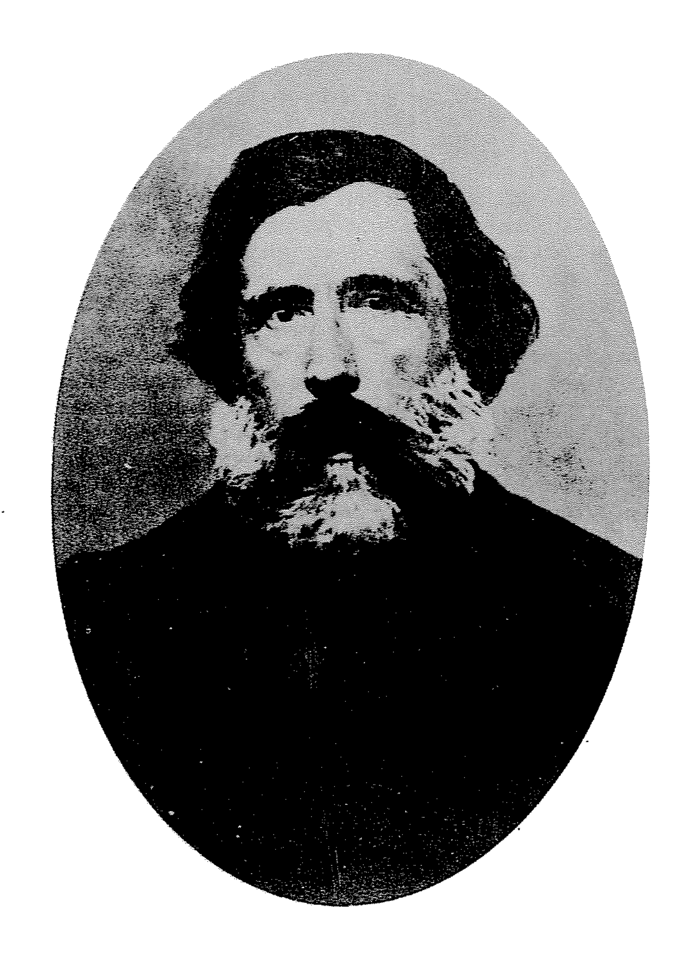
"Id y preguntad desde Canelones hasta Tacuarembó, quien es el mejor jinete de la República, quien es el mejor baqueano, quien es el de más sangre fría en la pelea, quien es el mejor amigo de los paisanos, quien es el más generoso de todos, quien el mejor patriota a su modo de entender la patria, y os responderán todos: el general Rivera. Su reputación tradicional, que sirve de fábula a los niños y de historia a los viejos, no podía haber sido adquirida sino por una larga serie de servicios, que estuviesen en armonía con el pensamiento de la campaña, su partido, su patria, su familia, su casa. Allí donde al vuelo de su caballo, se levantaban con las nubes de polvo, las nubes de hombres que se precipitaban a seguirlo. Allí donde hasta el pasto de la tierra parecía conocerlo y adquirir condiciones propias para darle brújula entre la obscuridad de la noche; donde los ríos parecen esclavos de su mirada y levantan las arenas de su fondo para dar paso a su caballo. Allí donde en fin, toda la naturaleza, como todos los hombres, parecía sometida a la influencia mágica del Caudillo".

En sus cualidades de destreza, valor, arrogancia y generosidad —nimbadas por la leyenda—; el relato de sus hazañas —imaginadas o reales, pero aún las últimas, ennoblecidas, desmesuradas—, que narraban los discursos trasmitidos de boca en boca y de pago en pago y cantaban los troveros populares, aedas de un épico folklore, se asentaba este dilatado, multitudinario liderazgo.

De acuerdo a una específica y peculiar calificación de atributos y virtudes, se estatuye un orden jerárquico, según la resonancia del prestigio: desde los Caudillos nacionales, en escala descendente, pasa por los "jefes departamentales" y se pierde entre los simplemente comarcanos. Se implanta una autoridad personalista por tácita delegación de la soberanía, fundada en el acatamiento consentido, en la adhesión espontánea, por simpatía y afinidad. Una autoridad democrática, además, porque empareja en el seguimiento del elegido, a la muchedumbre desharrapada, al peón, al propietario, al pulpero, a la plebe americana y también a la gente de pro, a los vecinos principales, a los letrados y a los sabios.



Isidoro Salinas, guitarrero y cantor, hijo de charrúas: combatió con Artigas, Lavalleja, Rivera, Urquiza y Flores. Cantó y luchó durante un siglo.



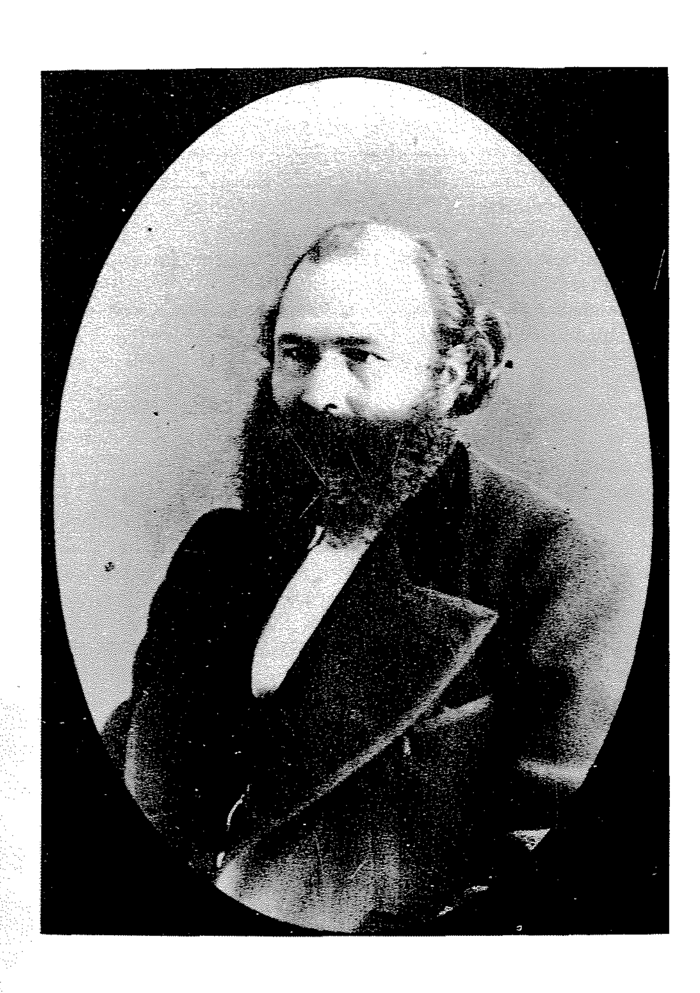
Venancio Flores

Este orden, está todo entero en la respuesta de aquel paisano que en 1838 comentó así la revolución riverista contra el gobernante legal: "He oido que el Presidente Oribe se ha «sublevao» contra el general Rivera".

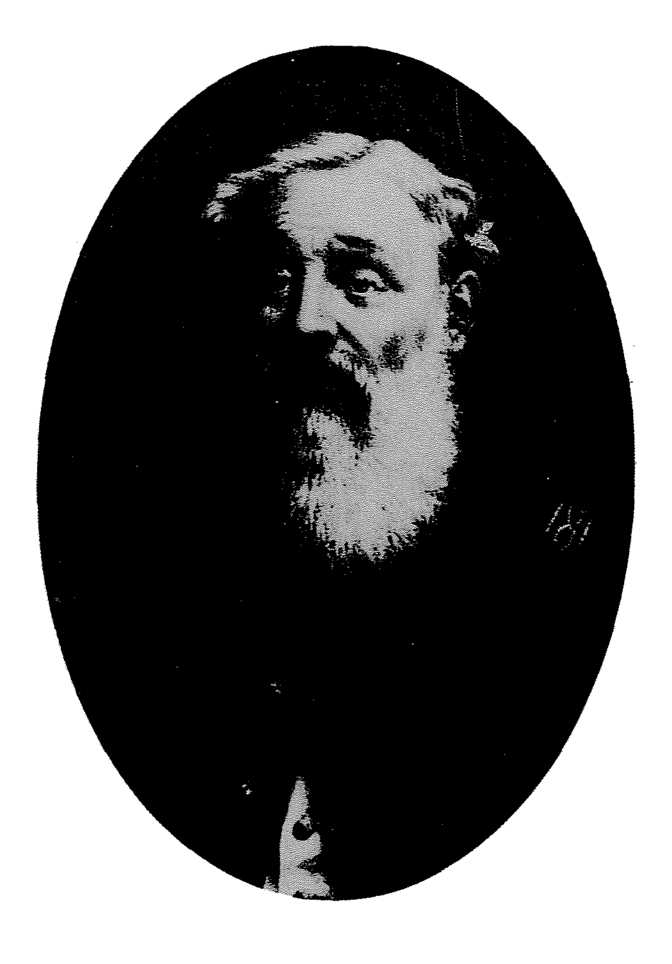
Es indudable que esta raíz emotiva en el aura del Caudillo, que este formidable fenómeno de fe, se complementa, en los níveles superiores, como lo indicara Real de Azúa en esta misma Colección, con una cierta funcionalidad que le permite servir a los variables componentes de su séquito ya fueran integrantes de la dirigencia urbana —en la cuota en que plegándose a la realidad, ligaron a él su destino—, del numeroso elenco castrense —vacante después de la emancipación o durante las pausas de sosiego que también tuvo la "tierra purpúrea"—, o de los diversos estratos populares que formaron la base de maniobra fundamental de la "montonera". Y Rivera, también Oribe, Flores, otorgaron prebendas y prestaron servicios, ya fueran tierras, premios, grados militares, auxilios, onzas contantes y sonantes. Sin embargo esta motivación donde aflora algunas veces, sórdido interés, pero las más, necesidad de amparo y protección, valimiento del débil al brazo del fuerte, participa con una cuota más exigua que la pura fidelidad, que la gratuita devoción, en la forja de aquel prestigio, de aquel encandilamiento, de aquella autoridad de que disfrutaron los Caudillos.

El conflicto de la ciudad con el territorio, o si se quiere, de los caudillos con los "doctores" (y el término comprende no sólo a los togados, sino a todos aquellos que pretendían mellar los filos de estas asperezas, embretándolas en los límites del "orden institucional"), amenazaba escindir cuerpo y cabeza en entidades irreconciliables, poniendo en cuestión la viabilidad del todo. Los caudillos de dimensión nacional oficiaron entonces, como una báscula, a fin de mantener un precario equilibrio e impedir el resquebrajamiento del andamiaje.

"Para dominar —escribe Zum Felde— la ciudad tiene la fuerza del territorio; y ante el territorio, tiene la representación de la ciudad. El trata con los negros candomberos y con los diplomáticos de Europa, es amigo de los indios y discute con los doctores, toma mate con las comadres de los ranchos y tiene de secretario a un personaje de abolengo. Sin el caudillo nacional, que ya viste el poncho o el chiripá del gaucho, ya la casaca entorchada y el guante blanco del brigadier, que sabe ser ceremonioso en la ciudad y campechano en el fogón de los campamentos, tan capaz de bailar un minuet como de enlazar una res bravía, la ciudad y la campaña no podrían entenderse". En suma, en los parámetros funcionales del personaje se inscribe la tarea insospechada de interrumpir la continuidad de la guerra social —paradojal conclusión que desmayaría de sorpresa a sus detractores del siglo pasado—, de evitar la disolución y el caos, porque constituyó el único punto de contacto posible, entre dos complejos sociológicos, poderosos y opuestos.



Hipólito Coronado



Timoteo Aparicio

Génesis de las divisas

En un medio como el que hemos descrito, los iniciales agrupamientos adoptaron, naturalmente, formas personalistas. Las masas populares, todavía conmovidas por la épica de la guerra de la independencia, conjugarían su adhesión emocional a sus Jefes en las hermandades criollas del "riverismo" y del "lavallejismo", núcleos centrales de los que habrían de ser los partidos históricos.

El lavallejismo, herido por su sistemática exclusión y por la predominancia de los desentendidos de la causa revolucionaria, que Rivera dejó desplegar durante su gobierno (1830-1834), se alzó en armas, tres veces, uno por año, entre 1832 y 1834, siempre sin éxito. Manuel Oribe (1835 - 1838), electo para el segundo período constitucional por votación unánime de la Asamblea, con el apoyo de Rivera y la simpatía lavallejista, ensayó un enterizo, pero prematuro esfuerzo para constituir el "Estado nacional", aislándolo de los pleitos que transcurrían en las áreas vecinas. El ejercicio pleno de las potestades ínsitas a la autoridad legal, que reivindicó con energía, lo enfrentó con Rivera, instalado en la Comandancia General de la Campaña al abandonar el sillón presidencial, desde donde, expropiando facultades al Ejecutivo, pretendía crear una verdadera diarquía gubernativa.

Los partidos embrionarios, no podían aún servir de cauce a las inquietudes populares; los comicios, resultaban un ejercicio exótico, afín sólo a los hábitos de la oligarquía urbana. En el crisol de la guerra, tendencias, adhesiones, afinidades y recuerdos, habrían de cristalizar en más duraderos, sólidos nucleamientos, y también en ella, nacieron los símbolos destinados a individualizarlos durante dilatada historia.

El decreto del 10 de agosto de 1836 —dictado durante la primera revolución de Rivera—, establecía el uso obligatorio en sombreros y ojales de los vestidos de una cinta blanca con el lema "Defensores de las Leyes", a fin de distinguir a los combatientes que "han corrido a empuñar las armas para destruir la raíz de la facción anarquista que intenta destruir el código de nuestros derechos" y a los "ciudadanos que han respondido con un grito de indignación a los reclamos de los traidores". El color elegido —tomado de la bandera nacional—, dio nombre a los adictos al Presidente Oribe; el apodo de "blancos" o "blanquillos" —de indisimulado dejo despectivo— "empezó a verse en bocas de los que seguían el bando de la rebelión", explicó años más tarde, el periódico del Cerrito, "El Defensor de la Independencia Americana".

Andrés Lamas, en su folleto "Agresiones de Rosas", que vio la luz en el Montevideo sitiado, en 1849, escribió: "El partido contrario adoptó de consiguiente, otra divisa para distinguirse de sus enemigos, singularmente en las funciones de guerra. El primer color fue el celeste, tomado de la escarapela nacional, pero este color debilísimo en los tejidos de que podían hacerse las divisas, no resistía la acción atmosférica; de ahí vino la necesidad de cambiarlo, y se cambió naturalmente por el colorado, de mayor firmeza y que es el más común en las telas que se emplean en la campaña, para forrar los ponchos y hacer los chiripaes". Fueron "colorados" los que estaban con Rivera y lo que éste representaba. La historia siguió su curso y otros hechos se agregaron con su carga emotiva, sus definiciones en conductas y en pensamientos y así los carismas personales, por un proceso de transferencia, se alojaron en las divisas. Es la Defensa y el Sitio de Montevideo; lucha de la "civilización" contra la "barbarie" para unos; "defensa de la independencia americana" para otros; es el culto de los "mártires de la libertad de la patria", "sacrificados en Quinteros a la saña del despotismo", como reza el decreto de Flores de 1865; es el recuerdo del martirologio de los defensores de Paysandú; es la glorificación de los caídos en la "Cruzada Libertadora" de Flores o en la "Revolución de las lanzas" de Timoteo Aparicio. Las muertes, los heroísmos, las altiveces y las ruindades; el culto de las hazañas; los recuerdos de los sacrificios, los mitos, todo adensó una tradición de amor y de odio, que se simboliza en los cintillos.

Paralela a la antítesis de ciudad-territorio, actuó esta otra de blancos y colorados. Escindió al país en dos bandos; abarcó todos los ámbitos geográficos, todos los estratos sociales.

La doble oposición recorre nuestra historia y en las alternancias sucesivas de la una y de la otra, se inscriben todos los acontecimientos de estas cuatro décadas que estamos examinando: agrupamientos políticos, pactos, entendimientos y abruptas rupturas; comicios, revoluciones y motines; dictaduras y gobiernos regulares; diplomacia y guerras internacionales; polémicas parlamentarias o periodísticas, atentados y ......, diatribas escandalosas o sesudos ensayos que intentan aprehender la esquiva clave de los hechos.

A veces es el enfrentamiento de todo el partido blanco con todo el partido colorado en la compleja realidad policlasista de ambos, superando sus contradicciones internas; otras veces, la bifurcación se produce en el seno de uno de ellos o de ambos, entre el estrato caudillista y la elite intelectual; a veces, por fin, la oposición colorados-blancos cede ante la de ciudad-territorio, y entonces, el elenco doctoral de ambas vertientes coincide en la pugna —no sólo doctrinaria por cierto—, con los Caudillos de opuesta bandería, pero ahora hermanados en el "tripotaje" y el "candombe" —son de Juan Carlos Gómez, los briosos, pintorescos, ofensivos vocablos—, y dispuestos a enfrentar unidos a "la familia", como definiera en réplica coetánea, a la elite intelectual, la sorna picaresca del gracejo popular, aludiendo a su calidad de diminuto grupúsculo.

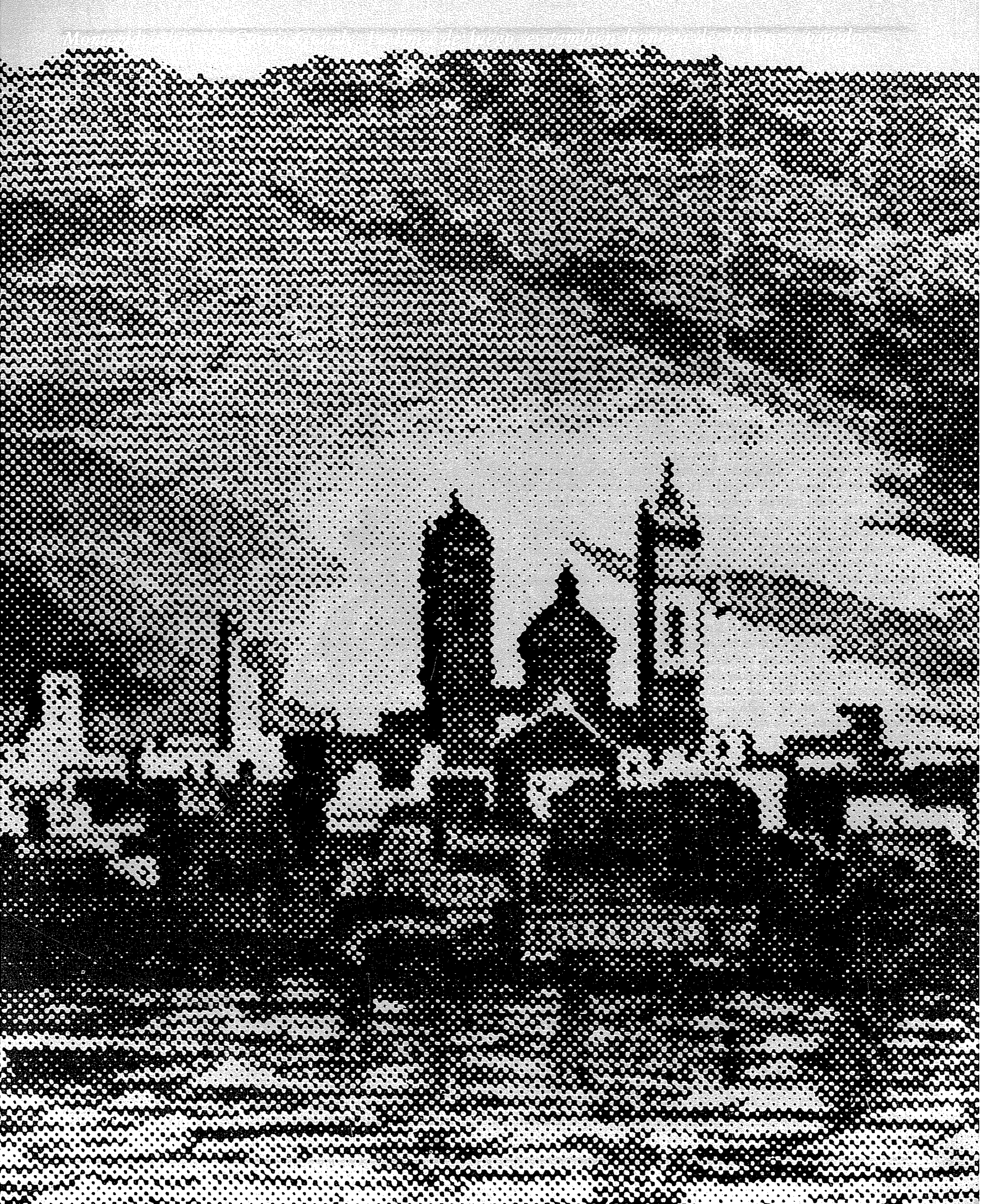
EL PUEBLO ESTABA AUSENTE

Elegimos para mostrar cuantitativamente, el carácter oligárquico de las definiciones electorales en el siglo XIX, los comicios generales de 1887, los primeros en la etapa de restauración institucional que siguió al militarismo, porque se realizaron en un clima de paz y de cierto entusiasmo cívico, con la concurrencia de todos los partidos. O sea, en condiciones excepcionalmente favorables (por eso, "anormales" respecto de lo que era corriente en la época). Los resultados fueron:

	Total de habitantes	Total de votantes	Porcentaje de votantes sobre habitantes
Montevideo .	215.061	13.206	6,14 %
Interior ...	433.236	21.291	4,91 %
Todo el país	648.297	34.497	5,32 %

Dicho de otro modo: cada 100 habitantes, votaron algo más de 6 en Montevideo, casi 5 en el interior, algo más de 5 en todo el país.

Las cifras de la población de Montevideo, son las del Censo de la ciudad efectuado en 1889; las del país, son estimación de la Dirección de Estadística para 1888.



La comarca aún presente

Colocado el Uruguay en el epicentro de la región platense, era ilusorio pretender que se mantuviera aséptico y aislado del proceso conflictual planteado, en el Brasil, entre el centro imperial carioca y la antigua vocación republicana y federal riograndense y del sangriento pleito que dirimían, en la Confederación argentina, el unitarismo porteño, el federalismo, con vocación centrípeta, de los poderosos sectores de ganaderos y saladeristas bonaerenses, orquestados bajo la batuta de Rosas, y el auténtico federalismo provinciano, de honda raíz nacionalista, vertiente en la cual los dos últimos habrían de coincidir, sin superar las dificultades de un antinomia secular.

Pronto la urdimbre de los hechos crearía la conmixtión de facciones y tendencias: las revoluciones lavallejistas tuvieron una apoyatura externa en el rosismo; unitarios porteños y republicanos riograndenses concertarían su alianza, heterogénea relación de intereses e ideologías, con los doctores liberales y el caudillo popular colorado, a la que la escuadra gala le suministró el ingrediente para trasmutar una batalla ganada (Palmar), en la completa victoria de 1838; federales rosistas acogerían a Oribe y a sus legionarios, estrechándolos en el compromiso político y en la reivindicación de la "legalidad" para recuperar la investidura perdida. Pero además, la lucha interimperial entre Inglaterra y la pujante monarquía de Julio, al debilitar la tutoría británica sobre el Gibraltar montevideano —fue allí donde Francia abrió una brecha— privaba de su básico sostén al Estado uruguayo y lo confrontaba ineludiblemente, con la problemática de la región platense. El conflicto internacional de la "Guerra Grande" contribuiría a polarizar los bandos políticos orientales alrededor de los campos adversarios de la "Defensa" de Montevideo y del Cerrito. El contraste de aquellos dos mundos sociológicos, adquiere un tipismo esclarecedor. Por un lado, la ciudad mercantil, extranjerizante y ansiosa de novedades, natural receptáculo de la explosión romántica que trajera Echevarría en sus alforjas, desde París, la nueva capital intelectual, se identifica por sus defensores, con la Troya de la épica homérica, en la lucha de la "civilización", de la razón y del progreso, contra la "barbarie" y el estancamiento americanos, según la maniquea dicotomía de Sarmiento. El sanjuanino la formuló con la garra y el brillo de su talento literario, pero ella se infiltra en el pensamiento de todos estos hombres, y es el clivaje donde se nutren sus interpretaciones y se justifica su conducta. Por el otro lado, el alma cerril de la pradera cree reencontrar en la exaltación de la guerra a los "salvajes unitarios" y por ende a su alienación europeísta, el combate por los fueros de la independencia americana y el regreso a sus auténticas raíces hispanas, y acaso atisba, en la penumbra, la síntesis que de ambas hiciera Artigas, en su programa federal platense.

Ambos esquemas albergaban un equívoco fundamental. Los hombres de la "Defensa" que creían combatir por la causa de la civilización, y lo hacían con pasión y convencimiento, reflejaban, en verdad las limitaciones de una mentalidad colonialista que, desde su posición de intermediarios del capitalismo mercantil europeo, les hacía abrazar como redentoras, todas las ideas acuñadas en la metrópoli hegemónica de turno. Recibieron de sus modelos, destratos y desprecios, pero aquéllos eran su sostén, marinería de desembarco o legiones extranjeras mediante; y su oxígeno económico, merced al bloqueo del puerto bonaerense primero, al mortificante subsidio francés después, a los empréstitos leoninos, externos o internos, siempre. Manuel Herrera y Obes en carta a Ellauri, en 1850 habla de "desengaño y hastío", por la conducta de esos gobiernos que se "llaman grandes y civilizados, y que sin embargo, son la última expresión de la mezquindad, del egoísmo, de la debilidad y de la desmoralización más refinada".

Del otro lado, la astuta política rosista prolongaba la guerra y mantenía anarquizado el territorio oriental, amputándole la posibilidad de asumir su decisivo papel en la integración platense, indefinidamente postergada además, en el marco de la Confederación, con pretexto que eran un tributo al secular propósito absorbente del puerto de Buenos Aires, ahora en manos de los exportadores de su entorno. Las limitaciones de este esquema, se proyectaban en el Cerrito, por las inhibiciones de Oribe, maniatado por una lealtad reverencial, para sacudir la tutela del áspero señor de Palermo.

Ninguno de los bandos tuvo, sin embargo, completa identidad "ideológica". La saga liberal se manifiesta en un



"Officiers de la Légion française", los gringos fueron enredados en las querellas criollas.

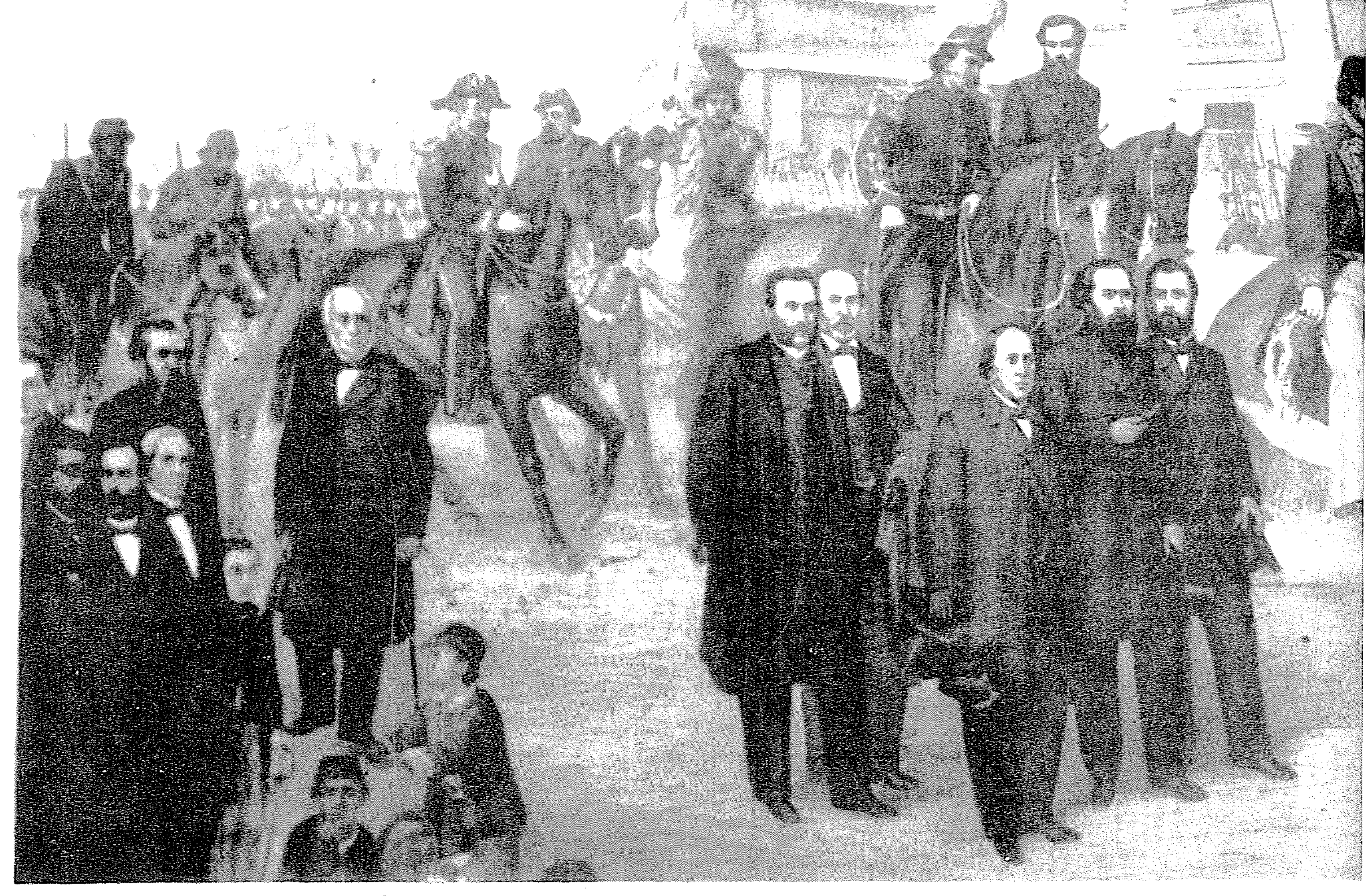
grupo principista en el Cerrito, relegado a plano secundario, por el férreo autoritarismo de Oribe, con su apoyatura rural, inconmovible desde 1847. En Montevideo, Rivera y sus partidarios, pretendieron "nacionalizar" el conflicto y solucionarlo por un pacto. En 1846 provocaron una revuelta que obligó a cambiar el Ministerio; discretas aperturas de paz se ensayaron por Flores, y más audazmente por Rivera; pero aquí, la línea liberal-europeísta logró imponerse, porque Don Frutos, privado del sustentáculo de su poder, o sea el respaldo campesino, pudo ser desterrado, a fines de 1847, a Río de Janeiro.

La desilusión de la política europea y el compromiso que afrontaba la Defensa cuando los intervencionistas decidieron entenderse con Rosas, gestó la "solución americanista" que Manuel Herrera y Obes y Andrés Lamas, tejieron entrelazando sutilmente, múltiples hilos. Nuevas corrientes agropecuarias vinculadas al impulso de la producción lanera y las oscilaciones en el epicentro mercantil después que se levantó el bloqueo de Buenos Aires, crearon las condiciones para el antagonismo de Rosas con Urquiza, alentando las ambiciones de éste de alcanzar la jefatura de la Confederación. Las aprensiones del imperio ante la política oriental de Rosas y su antiguo designio tutelar sobre el área cisplatina, tuvieron nuevas perspectivas cuando Inglaterra dejó expedito el camino y los intereses riograndenses, influyentes en el Gobierno, urgieron replicar a las drásticas medidas de Oribe destinadas a contener los ataques depredatorios de nuestra riqueza pecuaria, llamadas "californias" por su similitud, en rendimiento fructífero, con el rush del oro que entonces enloquecía el oeste norteamericano. La intervención brasileña —indispensable porque de lo contrario Urquiza no se movía— sólo pudo obtenerse al precio de estatuir una segunda Cisplatina, instrumentada en los cinco tratados que Lamas firmara en Río (1851).

Cuando las legiones entrerrianas, en cumplimiento del Tratado de Alianza (29|V|1851), al mando del oriental Eugenio Garzón, vadearon el Uruguay, influyentes jefes oribistas le dieron su adhesión. El rápido desfibramiento de la fuerza sitiadora, sería incomprensible si se omite el carácter "provinciano" del pronunciamiento de Urquiza. En el desenlace pues, la fórmula diplomática y los hechos históricos subsiguientes se planean, se desarrollan y se explican por la inserción de todos los actores, en el marco de una realidad regional aun vigente.



Plano topográfico de la ciudad de Montevideo, con la primera y segunda línea de fortificaciones, 1849.



Entrada triunfal en Montevideo del caudillo de la "Cruzada libertadora", Venancio Flores, 1865.

La condenación doctoral de las divisas

La paz firmada el 8 de octubre de 1851, final de la Guerra Grande, dio la base, con la fórmula generosa de "no hay vencidos ni vencedores", para la tentativa de ambos grupos doctorales, de reunir en una sola entidad al país entero, cancelando las viejas divisiones. La historiografía nacional llama a esta etapa "política de fusión".

¿Quiénes eran los culpables de la reciente tragedia?; ¿cuáles los obstáculos para que el programa reordenador y pacifista pudiera cumplirse? La respuesta fue unánime: los partidos, las divisas, los caudillos.

"Abjurar sincera y totalmente todo espíritu de facción; emanciparse de las influencias personales e ilegítimas y de caudillaje; promover el olvido y la abominación de los odios y de las personalidades que nos han dividido" escribía Andrés Lamas en su mensaje precursor de 1846. Y el mismo Lamas en su Manifiesto de 1855: "Rompo pública y solemnemente esa divisa colorada que no hace muchos años que no es la mía, que no volverá a ser la mía jamás. No tomo, no, la divisa blanca que no fue la mía, que no será la mía jamás", porque esas divisas representan "las desgracias del país, las ruinas que nos cercan, la miseria y el luto de las familias, la vergüenza de haber andado pordioseando en dos hemisferios, la necesidad de las intervenciones extranjeras, el descrédito del país, la bancarrota con todas sus más amargas humillaciones". "Los hombres de nuestros campos no son más que pedazos de carne destinados a nutrir a esos buitres que llamamos los caudillos". "...a toda hora pueden ser arrancados de sus hogares y conducidos a vivir esa vida nómade de la montonera, verdadera escuela de bandidaje". Bernardo Berro, redactor del programa del Partido Blanco Constitucional en 1854 agrega: "La perpetuidad de los partidos en antagonismo es incompatible con la paz pública y hace imposible la práctica pura y fiel de las instituciones"; por eso aquel partido que organizaba tendrá "carácter temporario" y "se disolverá tan luego como haya logrado restituir y asegurar en la República el imperio de las instituciones".

El régimen representativo y la vida republicana, sin embargo, son inteligibles, sin partidos, en cuanto éstos sirven para expresar opiniones y definir conductas. Un ejemplo, entre mil posibles: cuando el Presidente Giró consideró que los tratados de 1851 requerían ratificación legislativa, propició involuntariamente, en el Parlamento, una restauración de las divergencias partidistas, porque quienes estaban comprometidos con la Defensa, se vieron precisados a defenderlos, y los que en cambio, tenían afinidades con el Cerrito, tuvieron el mismo imperativo moral y lógico, de impugnarlos.

Juan Francisco Giró (1852-1853) —un opaco, secundario, militante en el grupo civil del Cerrito— intentó sinceramente aplicar la teoría. Juan Carlos Gómez ardiente polemista, de alma romántica abrió el combate, con lema colorado, cuyo grupo principista se dio entonces el nombre de



(Detalle del óleo de Valenzani)

"Partido Conservador". El motín que estalló el 18 de julio de 1853 en la Plaza Matriz, derrumbó la estabilidad del gobierno, que éste ya no pudo recuperar. En setiembre, el Presidente se refugió en la embajada francesa; las cámaras quedaron disueltas.

Venancio Flores (1853-1855), dueño de la situación, formó un Triunvirato que él integraba junto con Lavalleja y Rivera; pero la muerte de ambos, casi simultánea (22/X/1853 y 31/I/1854) y el fracaso de la "reacción" que Giró y Berro intentaron en noviembre, lo dejó solo en el poder. La solución no podía conformar ni a los conservadores, ni a los blancos. La llegada del ya citado Manifiesto de Lamas, promovió el reagrupamiento del sector doctoral de ambos partidos. El Manifiesto no era un documento de doctrina, sino un llamado al compromiso de la acción y si en ella, el objetivo era el extrañamiento de los caudillos, la batalla debía librarse contra Flores.

Estalló otra revolución de los conservadores. Se apoderaron del Fuerte y organizaron un gobierno, mientras Flores se amparaba en la campaña donde recibió el apoyo de Ignacio Oribe. Un pacto o una hábil maniobra resolvió el conflicto: Flores renunció al mando, pero no al predominio, porque su sustituto, el presidente del Senado, Manuel Basilio Bustamante le era adicto. Los conservadores no pudieron resistir la solución legal que incluía el voluntario alejamiento de su enemigo.

Los promotores de la revuelta se organizaron en partido, la Unión Liberal que tuvo un programa, afirmativo de los principios constitucionales y promocional del orden administrativo y financiero, la educación y el régimen municipal. Frente a la alianza de los doctores, hicieron la suya los caudillos, en el Pacto de la Unión que firmaron Flores y Oribe. Renunciaban ambos a la futura Presidencia, e invitaban a la unión "en el supremo interés de la familia oriental", en torno a un programa que, a la letra, poco difería del de sus antagonistas, probando así, que en otras claves, se explicitaban las diferencias. Fracasó otra revuelta dirigida, como la anterior por José Ma. Muñoz —un doctor aficionado a las algaradas—, y los caudillos, unidos, hicieron presidente a Gabriel Antonio Pereira (1856-1860).

"Mande quien mande —expresó éste en su Manifiesto-Programa—, la mitad del pueblo oriental no puede tener ni conservar en permanente tutela a la otra mitad". Eran términos indicativos del persistente propósito fusionista; pero el Presidente que deseaba liberarse de la tutela de sus dos poderosos mentores, se transformó en el enérgico conductor de una fuerza nueva. Quiso constituir un partido gubernista, que instrumentalizando el peso del poder oficial, unificara el país y acallara la disputa de los bandos. La capacidad de coacción del Estado era, sin duda, demasiado endeble para alcanzar logro tan ambicioso que además, tenía en su punto de partida, el error conceptual de confundir efectos con causas. Flores que sentía el retraimiento del gobierno, se expatrió; Oribe falleció en noviembre de 1856, y Pereira capitalizó a su favor, la desorientación de sus partidarios. Juan Carlos Gómez volvió al ataque: esgrimía la tradición de la Defensa y zahería la política fusionista en la violenta prédica de "El Nacional", prólogo de la nueva revolución

de los conservadores, encabezada esta vez, por otra alma ardiente, César Díaz. Como no pudo apoderarse de Montevideo, se dirigió al interior, donde huérfano de respaldo, le esperaba el desastre inevitable. Se produjo en Cagancha, donde fue vencido, tomado prisionero y cuatro días después, fusilado junto con los principales jefes, en un clima caldeado por las pasiones y cuando aún no se habían concluido las dramáticas indagatorias sobre la existencia de una capitulación, que nunca pudo probarse, pero que existen vehementes sospechas de que existió.

Este acto de severidad terrible, más perturbador por la jerarquía de las víctimas, fue considerado por el Partido Colorado como un crimen de los blancos, que reclamaba reparación y venganza. En realidad, fueron "fusionistas" los ejecutores de Quinteros, pero por sus antecedentes y por su trayectoria ulterior, quienes lo decidieron, venciendo vacilaciones del propio Pereira, eran o fueron blancos.

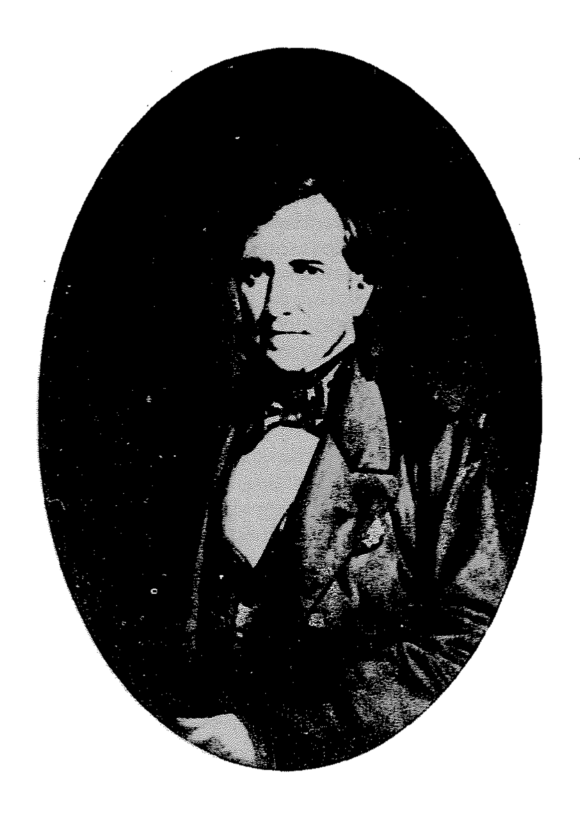
La gestión gubernativa, verdaderamente civilizadora y constructiva de Bernardo P. Berro (1860-1864), fue interrumpida por la "Cruzada Libertadora" (19/IV/1863), nombre que diera Venancio Flores a su alzamiento.

Era Berro un puritano de la política; creía en la virtualidad de las obras, de la educación, del ejemplo. En 1838 había querido fundar, para alcanzar esas metas, una hermandad, "una especie de iglesia militante". Era también un individualista y como tal, no recorrió la distancia que media entre la austeridad del doctrinario y la flexibilidad del estadista. Cometió —dice Pivel— la peor falta del político en momentos difíciles: acumuló pretextos en contra suyo. Como creía posible "sustituir la dictadura de la ley a la dictadura de los hombres" y hace reposar la sociedad sólo en la endeble trama de "los principios fundamentales de la verdad constitutiva", eligió por colaboradores a hombres de tendencias civilistas, renunciando al apoyo de los jefes regionales; y no vaciló, empujado por su anti caudillismo, en romper con Bernardino Olid que se batía contra Flores. Sólo la fortuita muerte de aquél, impidió que Berro debiera afrontar dos guerras civiles simultáneas, de opuesto signo. Consecuente en su prevención contra "el despotismo oligárquico de los partidos", se negó a apoyarse en grupos orgánicos, y empecinado en un noble propósito de concordia nacional para restañar las heridas abiertas en Quinteros, se malquistó con los responsables de aquel episodio, ya abocados a reconstruir el partido blanco, donde hubiera podido tener un sólido sostén. La defensa de las regalías y derechos estaduales, lo comprometió en un gravísimo conflicto con la Iglesia —fue desterrado el Vicario Apostólico, Monseñor Jacinto Vera—, más conmocional por la dudosa ortodoxia de las creencias del Presidente. Flores, —que lo usó como pretexto—, hizo lucir una cruz en las banderolas de sus gauchos, como símbolo de que luchaban por los derechos de la Iglesia. Su convencimiento sobre los efectos deletéreos de las divisas "que nada





Juan Carlos Gómez



Vizconde de Mauá



Asiento de la divisa en el poder y meta de los derrotados. "El Fuerte", sede de gobierno situada en el predio de la actual plaza Zabala.

diplomático y otra cantan las entrelíneas: la reciprocidad igualitaria, en estos menesteres, entre el fuerte y el débil, implanta en verdad la tutela del primero sobre el segundo. Así ocurrió: con la intimación de su amenazante presencia, el ejército imperial obligó a considerar irreversibles los tratados de 1851, al tiempo de la polémica sobre su ratificación; en la embajada brasileña se barajaron soluciones políticas, se negociaron cambios ministeriales y se expidieron consejos, que, al ser desoídos, pretextaron conductas fomentadoras de las perturbaciones que se decía combatir. Las trasmutaciones del apoyo o la inquina a hombres y facciones militantes en el ajedrez político nacional, fueron ancho campo de maniobra: a los revoltosos de 1853 contra Giró; a Giró contra Flores en la llamada "reacción de noviembre", enseguida a Flores para desbaratar aquélla, a José María Muñoz, luego, contra el mismo Flores en la crisis de 1855.

También se reflejaron en el país las contiendas del convulso proceso que libraban, en la otra banda, la Confederación de Paraná y el estado separatista de Buenos Aires. De la última, donde alentaba un claro propósito anexionista, salió César Díaz en 1858, equipado con armas "que se susurraba provenían del parque". Pereira rompió relaciones y gestionó y obtuvo el respaldo militar de Urquiza. Flores, soldado en el ejército de Mitre, —vencedor de Pavón de Urquiza y ahora Presidente argentino—, recibió abundantes auxilios desde Buenos Aires y la costa del litoral para su Cruzada Libertadora. Precisamente la intercepción de un contrabando de armas y el apresamiento del mercante argentino que lo transportaba y enseguida la de un barco de guerra uruguayo, dispuesto en represalia, llevó la tensión al borde de la guerra. Las gestiones de Lamas en Buenos Aires la evitaron, no sin que fuera preciso pasar por humillantes condiciones.

Las reiteradas violaciones de la neutralidad por parte de Mitre, inquietaron al Brasil y decidieron su activa ingerencia para mantener el equilibrio en la región. Subrepticia y mediante filtraciones en la frontera primero; se hizo más agresiva luego, en apoyo de las premiosas reclamaciones planteadas por la misión Saraiva (1864). La coincidencia gestó la alianza, formalizada en el Tratado de 1865, pero realmente concertada para resolver la "cuestión oriental", en el protocolo del 4 de agosto de 1864, firmado por Saraiva y Elizalde, canciller de Mitre. La diplomacia de Berro y de su ministro, Juan José de Herrera, alerta ante el peligro, buscó en la alianza con el Paraguay, el equilibrio y la garantía recíproca. El plan tenía a su favor la lógica abstracta, pero huérfano de apoyos en el litoral —indispensable nexo geográfico— le faltaba el ingrediente que diera viabilidad y coherencia al antecedente artiguista. Francisco Solano López engreído en su presunta capacidad de autodefensa no comprendió el alcance de la propuesta, o la comprendió tardíamente, cuando la demolición del gobierno legal oriental lo lanzó solitario al ruedo de la guerra.

Porque en efecto, vencidos los últimos escrúpulos y rechazado el ultimátum del comisionado Saraiva por el presidente interino, Atanasio Aguirre (1864-1865) el ejército y la flota imperial consumaron su agresión. Durante un mes, Leandro Gómez resistió en Paysandú el ataque terrestre y el bombardeo de la escuadra; cuando cayó vencido, al heroísmo ejemplar, se agregó el holocausto. El fusilamiento del jefe y de sus principales oficiales, torpe venganza de un extraviado (Goyo Suárez), incorporó otro romántico y trágico episodio a la historia novelesca de nuestras contiendas. El gobierno legal, ahora en manos de Tomás Villalba, se vio obligado a capitular (20/II/1864). Flores remató su proclama de vencedor con un "¡Viva el Emperador del Brasil!".



La "guerra inicua" y un saldo legendario: la muerte del coronel Palleja.

La guerra inicua

El Paraguay, bajo la férrea conducción de José Gaspar Rodríguez de Francia, había practicado una política de aislamiento, ante la reiterada negativa de la oligarquía porteña a "abrirle" los ríos interiores y a nacionalizar la aduana. En ese encogimiento hosco, el genio político de sus conductores había logrado desarrollar las virtualidades del hombre paraguayo de tal manera que, hacia 1865, el país era una de las primeras potencias sudamericanas. El Estado era propietario de casi toda la tierra, puesta en manos de un campesinado que la explotaba con tenacidad y eficiencia. Con una economía cuasi independiente de las finanzas extranjeras, Paraguay consolidó una sólida situación interna y alcanzó progresos materiales entonces inéditos en América. Se construyeron arsenales, astilleros de donde salieron embarcaciones que llevaron el pabellón del país hasta los puertos europeos; se instalaron fundiciones que permitieron montar fábricas de armamentos e instrumental agrícola; se construyeron ferrocarriles, muchas de cuyas piezas eran totalmente nacionales; se tendieron líneas telegráficas, antes que en ninguna otra región de América del Sur. El país contó con el asesoramiento de técnicos extranjeros y adiestró en el exterior a decenas de sus jóvenes.

El Paraguay de Carlos Antonio López no tenía deuda exterior. Demostraba, con su ejemplo, cómo el progreso técnico era posible sin la influencia deformadora del capitalismo colonianista. Su sucesor, Francisco Solano López, se mantuvo firme ante el propósito británico de controlar la vida económica y financiera del país. Se conjugarían de esta suerte, los intereses de los exportadores de Manchester y Liverpool, con los patriciados mercantiles de Río, Buenos Aires y Montevideo para abatir al Paraguay que tenía con Argentina y Brasil —pero no con nuestro país—, pleitos pendientes por problemas de comunicaciones y de navegación de los ríos; de trazados fronteros y de delimitación territorial. Los compromisos de Flores con sus aliados que lo llevaron al poder para ubicar una pieza decisiva en el tablero, metieron al país en el crimen de la Guerra del Paraguay (1865-1870). Una verbosa exportación del liberalismo disimulaba con impostaciones ideológicas, las sórdidas apetencias, los fríos cálculos políticos —para Mitre, consolidar la unidad argentina bajo comando porteño, mediante una "guerra nacional"— la digitación foránea del atraco.

Cuando terminó la sangría que duró un quinquenio, el territorio de la ribera izquierda del Alto Paraná quedó en poder del Brasil, que abría así la necesaria salida del Matto Grosso, e inútiles serían las protestas de Mitre al sentir que se le excluía del problema de los límites, aunque al fin, también cosechó suculenta tajada. De 1.500.000 habitantes que formaban la población paraguaya al comienzo de la guerra, quedaba a su término, apenas 250.000 casi todos niños, mujeres, ancianos.

representan ni pueden representar", inspiró el derecho prohibitivo de 1860, en el que se calificaba cualquier tentativa de enarbolarlas "como una excitación a la anarquía y a la guerra civil". Tachado de exabrupto despótico, en verdad reflejaba su antigua idea, descolocada y utópica, sobre la nocividad de los partidos permanentes, que, sin embargo, existen, diría por entonces Alejandro Magariños Cervantes.

En la restauración partidista de 1862, jugó importante papel la llamada generación liberal colorada de 1858 —adelantada del principismo— que tuvo por vocero "El Siglo", dirigido por José Pedro Ramírez. Ya no creían en la fusión; aceptaban los partidos a los que querían dotar de ideas, de doctrina, de elementos racionales y lógicos y abominaban, como sus predecesores, del caudillo: "funesta figura —dice Ramírez— que cuanto más se aleja de la época gloriosa que lo engendró aparece más siniestra y oscura; degeneración pútrida de los héroes de la libertad que no ha hecho más que engendrar el despotismo". No fueron solidarios en consecuencia, con la revolución florista, que no traía un jefe colorado, sino al "gaucho que viene apelando a los suyos para oponerlos a los hombres de principio y de progreso".

La guerra cumplió, sin embargo, su enorme poder aglutinante. En torno a la revuelta, en pro y en contra, el país volvió a polarizarse, según la disyuntiva de las opciones tradicionales.



Andrés Lamas

La segunda Cisplatina

La inserción del Estado oriental en el marco de su región, recorrió otra fase, de admisión menos unánime que la del ciclo revolucionario o el de la Guerra Grande, en el período que es epítome y corolario del desenlace de ésta. La llamamos la "Segunda Cisplatina", aludiendo al innegable, decisivo entrometimiento brasileño, pero como siempre ocurre con estas soberanías semimediatizadas, la ingerencia de uno de los centros de poder provocó la del otro, o enlazó a dos en un frente común.

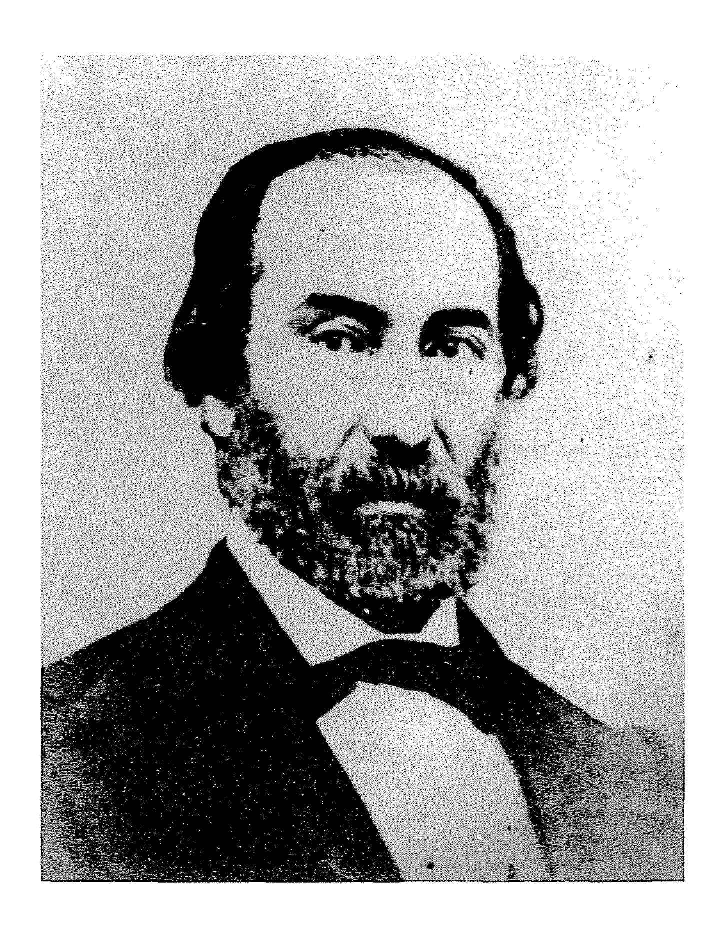
El estatuto jurídico del sistema quedó definido en los tratados de 1851. Recortaron éstos el territorio oriental, limitándolo al área que de facto tuvo desde 1828; pero ahora, con carácter definitivo por la renuncia de la zona vital del Uruguay norte y las Misiones. La estrechez financiera del gobierno de la Defensa, se había suplido con el subsidio imperial; parecidas urgencias afligirían —era previsible— a los que le siguieran: los tratados reconocían la deuda antigua, prometían nuevos auxilios, afectándose en garantía todas las rentas, en especial la aduanera. En las negociaciones para ampliarlo o en las amenazas de suspenderlo, que no sólo se esgrimieron, sino a veces, se recorrieron, tuvo la diplomacia brasileña un eficacísimo instrumento de presión; pero además, y sin recurrir a la retórica, digamos que pocas posibilidades de independencia tiene un Estado, uncido a la bolsa extranjera para poder subsistir. Entre sus muchas calamidades, la Guerra Grande nos dejó una bendición: la esclavitud fue abolida por coincidentes decisiones de la Defensa y el Cerrito: los tratados nos hicieron gendarmes de los latifundistas esclavócratas de Río Grande, para volver al redil a los negros que se amparaban a nuestra libertad. Se declaró común y libre la navegación del río Uruguay y sus afluentes e igual principio se postuló para la del Paraná y del Paraguay, pero al Brasil se le reconoció la exclusividad respecto del Yaguarón y la Laguna Merim. Se legalizaron las "californias" al liberar de derechos la exportación del ganado oriental en pie hacia Río Grande, y así nuestra riqueza pecuaria abasteció a los competidores saladeros vecinos. Todo el régimen económico resultante consolidó además, el anegamiento de la frontera y zona norte del Río Negro, por propietarios, pobladores, hábitos y voces brasileñas, que aun hoy prolongan su resonancia en aquellos lares. En 1857, Irineo Evangelista de Souza, Barón de Mauá, transformó la agencia montevideana, en sucursal de su Banco, "la más importante agencia diplomática del Imperio", como dijera, gráficamente, Claudio Williman.

La pieza maestra del sistema era la "alianza perpetua". Ambos estados se garantizaban su independencia e integridad territorial, y "para fortificar la nacionalidad oriental", el Brasil comprometía su apoyo, incluso con fuerzas armadas, al gobierno legal, siempre que éste lo requiriera y al sólo efecto de consolidar el orden institucional. Al amparo de este acuerdo, un ejército brasileño de 4.000 hombres, acampó en las inmediaciones de Montevideo, en el año 1853. El mismo Flores que pidió su envío —con respaldo casi unánime de los grupos influyentes, esperanzado cada uno en obtener la privanza imperial— ante la amarga experiencia, solicitó su retiro. Es que una cosa vocea el elíptico lenguaje

Se cumplió así la última etapa de la segregación platense. Un statu quo irreversible quedó implantado, clausurándose la conmixtión de nuestros destinos y problemas con los de la común comarca e imponiéndonos la tarea de construir un "estado nacional", de fronteras para adentro, como ineludible exigencia de la coyuntura histórica.

Gran Bretaña, financiadora con sus propósitos, de la guerra destructora del Paraguay, y luego de su "reconstrucción", agregó al innoble saqueo de cláusulas atroces, la substancial victoria del aniquilamiento de la última barrera opuesta a su predatoria influencia en época contemporánea a un nuevo impulso de sus fuerzas productivas que impusieron nuevas formas de la presencia capitalista en las áreas dependientes: al dominio comercial, sistema tradicional, se agregaron la exportación de capitales, en préstamos y en contralor de servicios, sobre todo ferrocarrileros, aptos para unir la producción local de materias primas —urgida además de mejorar sus técnicas— con los puertos de ultramar, arquitecturando una estructura que situaba en Londres, la absorbente metrópoli económica

La protesta del Uruguay criollo



Lorenzo Batlle.

La dictadura florista (1865-1868) —que se ejerció sin rigores excesivos— estuvo acompañada por una gran prosperidad material. El subsidio brasileño y los pingües beneficios de la intermediación comercial en el abastecimiento de los ejércitos que operaban en el Paraguay, produjo una abundancia dineraria que impulsó los negocios, el desarrollo bancario, la especulación inmobiliaria, el rápido crecimiento de la capital. Un nuevo y decisivo impulso en el saqueo de la tierra pública sirvió, por un lado para compensar servicios en la cohorte del vencedor con generosas adjudicaciones, y por otro propició la concentración de la propiedad territorial y el desalojo de los modestos ocupantes sin título. Para ambos cimientos —el comercio y la propiedad— se promulgaron orgánicos estatutos jurídicos: el Código de Comercio (1866), el Código Civil (1868). El anglo-brasileño Banco Mauá, intermediario en la conversión de la deuda interna en externa, mediante un empréstito negociado en Londres, se transformó en el principal prestamista del Estado.

Del gobierno, de definido signo colorado, con su centro en la figura del caudillo popular, empezaron a distanciarse los jóvenes liberales —psicológicamente alejados de los conservadores, prontos a transformarse en "principistas"—, quienes reclamaban la vuelta a la normalidad institucional y el funcionamiento del parlamento, su escenario natural. Los comicios generales de 1867 —ausentes los blancos, relegados los liberales— significaron el triunfo absoluto del florismo.

Los vencidos de 1865 —personajes civiles, caudillos, pueblo— emigraron en masa temerosos de las persecuciones. "Una emigración política —escribió Andrés Lamas— es casi siempre una guerra civil aplazada, una guerra civil inminente". Los blancos preparaban, en efecto, en silencio, la revolución. La revuelta que debía estallar en la fecha de instalación de la Asamblea, donde resignó el mando Flores, para impedir que el régimen se consolidara en un marco legal, estalló unos días después, el 18 de febrero de 1868, dirigida por Bernardo Berro, el rígido principista que por vez primera, asumía el compromiso de la acción combatiente. Ese mismo día, el carruaje de Flores —quien se dirigía al Cabildo donde se había amparado el Presidente interino, Pedro Varela—, fue interceptado y el Caudillo apuñaleado por unos emponchados. La revuelta fracasó y Berro —que era ajeno a aquel crimen— hecho prisionero, fue asesinado en el mismo Cabildo. Mientras los antiguos camaradas de armas de la Cruzada, velaban el cadáver de Flores, el de Berro era conducido en un carro a la fosa común. Por las desiertas calles de la ciudad en aquel ardiente día, un fanático gritaba que allí iban los restos del "salvaje" Bernardo Berro. Tremenda ola de venganzas y crímenes, estremeció al país entero.

El nuevo Presidente, Lorenzo Batlle (1868-1872) —soldado de la Defensa, ejecutor del destierro de Rivera, partícipe en las algaradas conservadoras de 1855, pero también Ministro de Flores— expresó que "propendería a la unión del Partido Colorado, gobernando con sus hombres más dignos, sin exclusión de matices".

A la restauración partidista —ya irreversible— se acoplaba de esta suerte, el exclusivismo colorado. El Presidente no exento de habilidad y energía, debió afrontar la sistemática crítica de los principistas y el levantamiento de los caudillejos menores —Máximo Pérez y el general Caraballo—, que en el caso de este último, salió del ministerio para enarbolar su pendón en las cuchillas. Unos clamaban por la presunta



Asesinato del General Venancio Flores. (Boceto de Juan Manuel Blanes)

debilidad del gobierno con el caudillaje; los otros le reprochaban el injusto olvido de los leales amigos de Flores.

En realidad, estas convulsiones políticas se procesaban al diapasón de una crisis económica de mayor alcance, reflejo a su vez del "viernes negro" que en mayo de 1868 derrumbó la calma de la City londinense. El Banco Mauá, —que era como todos por entonces, un instinto emisor— sufrió el impacto de una histérica corrida. El Gobierno, impedido de reembolsarle las cuantiosas sumas que le adeudaba, decretó la inconversión para evitar su quiebra. Este era el oneroso legado de la administración florista que recibió Batlle: los comerciantes vinculados al tráfico de los frutos del país y productores agropecuarios protestaban por la circulación coactiva de billetes depreciados; los círculos bancarios, las compañías inmobiliarias, y los tenedores de monedas fuertes, lucraban con la emergencia. Los primeros, apoyados por la doctrina del liberalismo que le aportaron los doctores, eran "oristas"; los otros eran "cursistas". El Presidente Batlle responsabilizó a Pedro Varela, ex gerente del Banco de Montevideo, por el alzamiento "cursista" del general Caraballo. Los bancos afectados —el Mauá principalmente— que habían cerrado sus puertas, las reabrieron al amparo de la ley de 1871 que estableció el curso forzoso. Como complemento se negoció un empréstito en Londres, con las habituales condiciones leoninas.

Las depreciaciones monetarias, y las maniobras y ardides que son su inevitable secuela, confiscaban los ingresos de productores y asalariados; como reflejo de la crisis en el mundo capitalista, se derrumbaron los precios de las lanas; con onerosas cargas fiscales, gravó el Brasil la importación de tasajo. Una epidemia de cólera que paralizó la faena saladeril; una seca, seguida de copiosísimas lluvias y una epidemia en el ganado ovino, diezmaron haciendas y rebaños y arruinaron las cosechas. Los desequilibrios de la balanza comercial, fruto de las desatentadas importaciones de la reciente prosperidad, y la consiguiente fuga del oro completaron un desolador panorama de miseria, sobre todo en la campaña. Miseria y opresión, porque la estructura montada por Flores de jefes políticos a los que Manuel Herrera y Obes calificara de "bárbaros procónsules, con derecho de vidas y hacienda sobre sus infelices moradores" a pretexto de reprimir abigeatos o simplemente para la remonta del ejército, persiguieron a los paisanos con las levas, verdaderas cacerías de hombres. Modestos propietarios, sus peones y agregados, los trabajadores libres de los campos, troperos, asalariados en las ocupaciones zafrales de la yerra y la esquila, matreros incluso, todo el complejo social del país criollo que aun conservaba sus moldes patriarcales y ariscos, sólo esperaban la ocasión para precipitarse en la protesta armada.

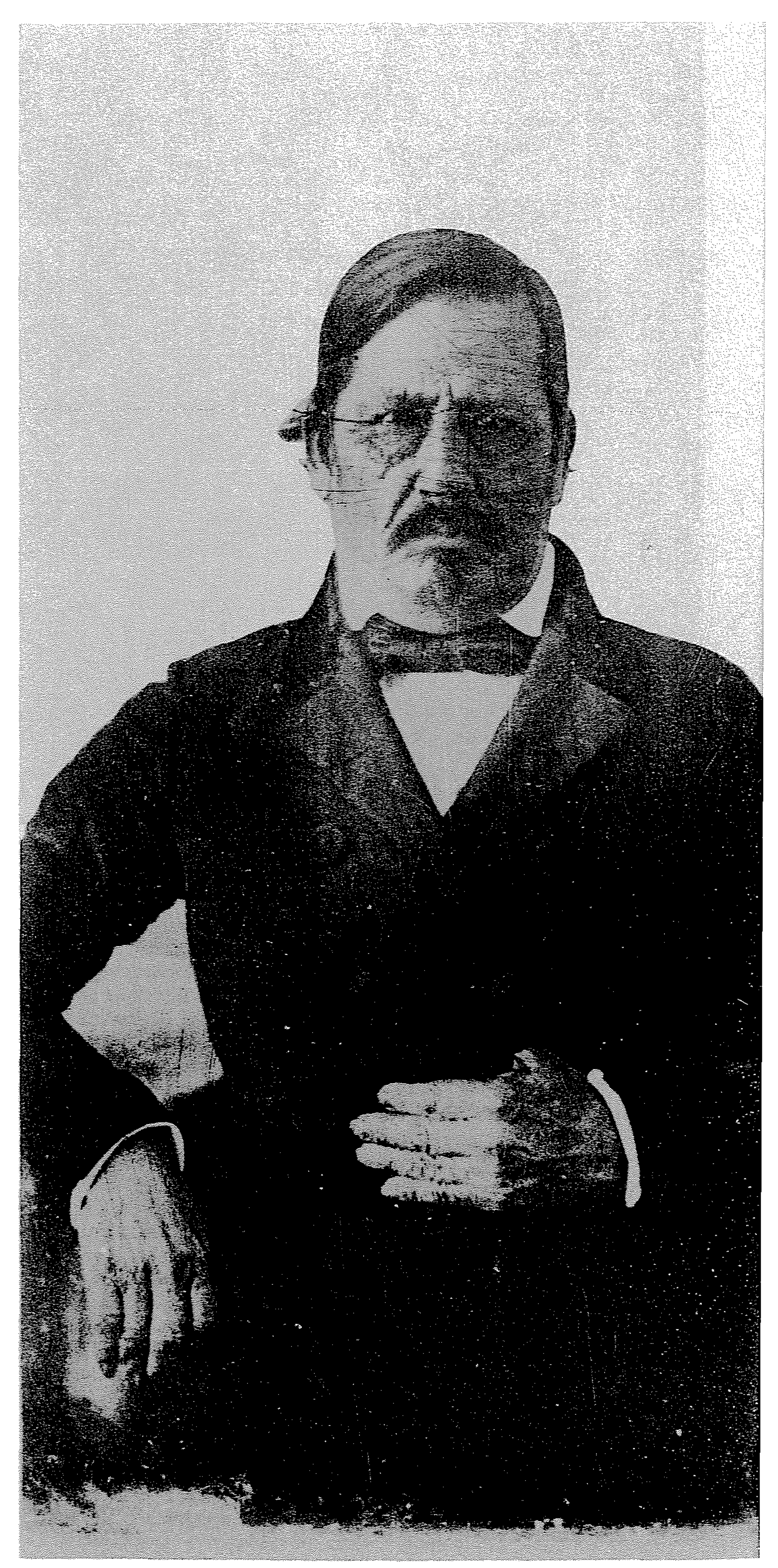
Cerca de 10.000 hombres reunió la "Revolución de las lanzas" que en marzo de 1870 iniciaron los caudillos Timoteo Aparicio —lancero él mismo, que nunca usó armas de fuego— y el ya octogenario Anacleto Medina. Puramente caudillista al comienzo, las persecuciones que sufrieron los principistas blancos, determinaron su posterior incorporación en la hora en que la revuelta jaqueaba al gobierno y en cabal paralelismo con lo que había ocurrido con los liberales colorados durante la revolución florista. Agustín de Vedia, Francisco Lavandeira formularon la cartilla política sobre coexistencia pa-

cífica de los partidos, garantías del sufragio, incluso coparticipación y autonomía municipal inscritas —después de vencer las resistencias de los colorados "ultras"—, en la paz de abril de 1872 que Tomás Gomensoro (1872-1873) sustituto provisional de Batlle al término del mandato legal de éste, firmara con los representantes de la Revolución, mediante la fórmula rebuscada y con sabor feudal, de adjudicación al partido opositor de cuatro jefaturas políticas departamentales. Sin embargo, la profunda entraña de aquel verdadero movimiento de masas, la explicita mejor la literatura política del Caudillo, aún transvasada por el lenguaje culto de sus secretarios: "A los que no pudo alcanzar el puñal de los asesinos, pagos con los sueldos de las policías, se propusieron matarlos de hambre y un inmenso despojo se consumó sigilosamente, una verdadera confiscación sin su odioso nombre". "Los años no bastan a aplacar la sed de sangre y la ambición de riquezas de nuestros enemigos". "He venido a la patria oyendo los clamores, los gemidos de nuestros hermanos, que ya en negros calabozos unos, perseguidos los otros y errantes, ganaban los montes, expatriándose los más, antes de pasar por cruel humillación".

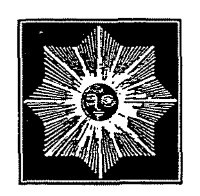
Legado de las divisas a los partidos

En el cuadricenio estudiado (1830-1870), los partidos fueron, sobre todo, divisas. Queremos aludir con este giro, a su "inorganicidad", a su falta de cuadros estables, a su dirigencia oscilante y difusa, a su carencia de una estructura de sostén, y por supuesto también, a los tenues, debilísimos ingredientes racionales que pueden aislarse en sus respectivos perfiles. En un recuento cronológico, digamos que así ocurrió, *primero, por su nacimiento personalista* que reclamó un tiempo y muchos hechos, para dar el salto dialéctico del individuo a la entidad, de la mera adhesión a la integración en un alma colectiva. En segundo lugar, porque esos mismos hechos tuvieron tan tremenda explosividad que durante otro largo lapso, se les atribuyó a las banderías agonistas la responsabilidad del drama, y entonces conocieron la condena, mejor la apostasía. Y por fin, porque su génesis y su infancia, transcurrieron en el período de desfibramiento, lento pero inexorable, de la imagen regional, cuando la segregación platense cumplía sus postreras etapas, y por tanto, cuando la mudanza *en la problemática planteada, en la óptica para* afrontarla, en el dimensionado de su influencia, reclamaba, para que siguieran siendo funcionales, el tránsito paralelo de lo que habían sido hasta entonces a lo que debían ser en el futuro.

El proceso de la historia es una readaptación constante a los requerimientos y necesidades de cada tiempo. Cuando los partidos, al fin de cuentas, instrumentos del quehacer de una sociedad dada, se esclerosan; cuando se coagulan y pierden capacidad de adaptación, dejan de ser útiles, pierden sentido y acaban muriendo. La vitalidad de los nuestros, supervivientes *a todas las crisis,* tiene una clave, en su *enorme* ductilidad, en el arte con que lograron sin servir los odres, mudarles sus contenidos, en la sabiduría de su sincero acomodamiento. Acaso la misma angostura de su substancia ideológica haya sido un factor dinámico para procesar con rapidez y sin turbaciones, los cambios referidos por la necesidad o la mera ocasión.



La lanza más temible: Anacleto Medina.



Aún sabedores de las dificultades que conlleva la indagatoria para desentrañar una interpretación, será necesario buscar algunas definiciones, algunas maneras de sentir y de obrar que discurran a lo largo de su trayectoria y tengan suficiente peso como factor cohesivo, adicional al aglutinante de la tradición y la leyenda. Todo referido claro está, al ciclo histórico analizado.

Hay algunos caracteres en las personalidades de sus fundadores que se trasmiten a su herencia política. Lavalleja y Oribe por un lado, tienen denominadores comunes: su solidaridad con el entorno platense; su sentido nacional y americano; su adhesión a ciertas formas autoritarias en el ejercicio del poder, de añeja estirpe española. Lavalleja aporta su origen campesino, la larga escuela de los campamentos montoneros, su estampa ecuestre de caudillo, para dar el matiz popular. Oribe, su linaje copetudo, su formación castrense, su escrupulosidad de administrador. La mixtura de todos ellos, otorga una fisonomía al partido blanco, por lo menos en su conformación prístina. Los hechos históricos abonan la tesis: El autoritarismo de Oribe y del gobierno del Cerrito, se repiten en el destemplado propósito de Pereira que lo llevó hasta el exceso de Quinteros. El salto de Oribe desde su sitial evanescente de gobernante civilista al de adalidad de la americaneidad rioplatense, engarza con las tentativas de Berro, aún con todas sus manquedades, para afrontar en la alianza paraguayo-oriental el ataque combinado del Imperio y del mitrismo. El largo y orgánico predominio del Cerrito en el Uruguay criollo, tradicional y telúrico, enraíza al blanquismo con la campaña, donde se produce la gran protesta campesina de 1870. La escrupulosidad administrativa, la seriedad en el manejo de los intereses públicos fue un rasgo no sólo de Oribe, también de Giró y de Berro.

En el arquetipo de Rivera —por tantas razones, fascinante—, se inscriben otras condiciones que se trasvasan al partido que él fundó. Rivera es flexible, liberal, humanitario, de buen humor; gastador hasta el despilfarro; tolerante e indiferente a las críticas. Su proclividad brasileña, retoña en la diplomacia de la Defensa y en las actitudes de Flores, en 1853, en la Cruzada, en la Guerra del Paraguay. Ambos fueron administradores deficientes y ambos cimentaron la adhesión de su clientela, en abundosas, ilegítimas prodigalidades. Tuvo sin embargo, Rivera, un rasgo, que los hombres de la Defensa borraron de la tradición colorada: su raigambre campesina, su intuitivo sentido de las esencias del mundo americano. El largo sitio de Montevideo y la ajenidad del Caudillo a su signo oligárquico y extranjerizante, hizo del Partido Colorado una comunidad abierta al influjo atlántico, un voraz receptor de las novedades europeas, un pertinaz negador de lo vernáculo. El clima intelectual de la Defensa, se repite en aquel que prohijó la doctrina del "liberalismo rioplatense" y su inducción "civilizadora" por la fuerza, en tiempos de la Guerra del Paraguay.

Estos rasgos que estamos tratando de reunir, no tienen siempre por supuesto igual entonación y claridad; la existencia de grupos atípicos en ambos bandos, no autorizan a tomarlos como una verticalidad tajante, inmutable, siempre igual.

El indiscutible policlasismo de los partidos tradicionales hace esquiva la aprehensión de sus caracteres. Un enfrentamiento de este tipo, se expide más aproximativamente, aún diferenciado por infinitos matices de sus esquemas europeos, en la oposición ciudad-territorio que en la paralela de blancos y colorados. Al fin de cuentas el patriciado mercantil y terrateniente de las ciudades, y el equipo abogadil que le sirve de cerebro, tienen una común base económica e ideológica, la del liberalismo. Su alineación europeísta, el culto de los tics afrancesados o de la moda inglesa, el servilismo intelectual a los creadores de las áreas culturales adelantadas, su ajenidad americana, es un reflejo de su inserción en el marco del capitalismo mercantil europeo.

El mundo criollo, en vez, alberga un repliegue defensivo del alma americana; un rechazo intuitivo y vital, a los trasplantes extranjeros. Incluye una masa popular heterogénea, si, pero ensimismada en la defensa de su estilo de vida, en la lucha contra los despojos de la oligarquía. Carece sin embargo, de ideología y Ares Pons lo ha ejemplificado muy bien al analizar dos temas esenciales: el de la propiedad y el de las formas institucionales. Para el gaucho la tierra y los rebaños, son dones naturales, son de "naides" que es como decir de todos, y por eso resiste la expropiación privatista y todo lo que ella comporta; pero tampoco tiene un concepto comunitario sobre su uso, sobre las obligaciones sociales conexas a su disfrute. Sin embargo, es inconcebible una sociedad civilizada que prescinda de la propiedad, sea individual o colectiva, sea como fuente generadora de riqueza privada, sea como instrumento para la prestación de un servicio. En el plano institucional sucede algo parecido. El caudillismo es un hecho social; un dispositivo de protesta y de resistencia; un quicio plebeyo, pero debe escalar otros peldaños para que su representatividad popular pueda canalizarse en expresiones ordenadas. Salvo Artigas, nadie estructuró un programa que avanzara en la solución de ambos problemas.

Cabe acotar sin embargo, que las protestas armadas del Uruguay criollo, que calan en su causalidad en las más hondas imbricaciones sociales, aunque se presenten desarboladas de sustitutivos para ofertar una alternativa diferente a la que se estaba dando en los hechos, cuando el "estado nacional" se volvió posible por una conjugación de factores políticos, sociales y económicos, internos y externos, aportaron al proceso de la "revolución democrática", un envión decisivo para alcanzar la coexistencia pacífica de los partidos, la verdad del sufragio, el libre juego de las instituciones políticas, sin las cuales, aquélla no es posible.

BIBLIOGRAFIA BASICA

ACEVEDO, Eduardo. — *"Anales Históricos del Uruguay"*. Tomos II y III. Montevideo, 1933

ARES PONS, Roberto. — *"Uruguay en el siglo XIX. Acceso a la modernidad"*. Montevideo, 1964.

AROSTEGUY, Abdón. — *"La Revolución oriental de 1870"*. Buenos Aires, 1889.

BERRO, Bernardo P. — *Escritos selectos*. Colección de Clásicos Uruguayos. Montevideo, 1966.

Cuadernos de Marcha. — *"Guerra y Revolución en la cuenca del plata. Cinco años cruciales (1863-1865)"*. Montevideo, 1967.

DE HERRERA, Luis Alberto. — *"La diplomacia oriental en el Paraguay"*. Montevideo, 1908-1923. y *"Los orígenes de la Guerra Grande"*. Montevideo, 1941.

HERRERA Y OBES, Manuel y BERRO, Bernardo P. — *"El caudillismo y la revolución americana"*. Polémica. Colección de Clásicos Uruguayos. Montevideo, 1966.

LEPRO, Alfredo. — *"Fructuoso Rivera"*. Montevideo, 1945 y *"Años de forja. Venancio Flores"*. Montevideo, 1962.

MAGARIÑOS DE MELLO, Mateo. — *El Gobierno del Cerrito*. (Montevideo, 1948-1954-1961).

MEZZERA, Baltasar. — *"Blancos y colorados"*. Montevideo, 1952.

PIVEL DEVOTO, Juan E. — *"Historia de los partidos políticos en el Uruguay"*. (1942); *"Historia de la República Oriental del Uruguay"*, conjuntamente con Alicia Ranieri de Pivel (1945); *"Uruguay Independiente"*, Tomo XXI de la Historia de América (Barcelona 1949); *"Las ideas políticas de Berro'*. (1951).

TRIAS, Vivian. — *"Las montoneras y el Imperio Británico"*. Montevideo, 1961.

VIDAURRETA DE TJARKS, Alicia. — *"Juan Carlos Gómez, periodista y polemista"*. Revista Histórica. Tomos XXXIII y XXXIV. (Montevideo, 1962-1963).

ZUM FELDE, Alberto. — *Evolución histórica del Uruguay*. Mont. 1941.

HISTORIA ILUSTRADA DE LA CIVILIZACION URUGUAYA

* Números ya publicados

1 enciclopedia + 1 cuaderno $ 85

ENCICLOPEDIA



URUGUAYA

Publicación semanal de Editores Reunidos y Editorial Arca, del Uruguay. Redacción y Administración: Cerro Largo 949, Montevideo, Tel. 8 03 18. Plan y dirección general: Angel Rama. Director ejecutivo: Luis Carlos Benvenuto. Administrador: Julio Bayce. Asesor historiográfico: Julio C. Rodríguez. Dirección artística: Nicolás Laureiro y Jorge Carrozzino -artegraf. Fotógrafo: Julio Navarro. Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo, amparado en el art. 79 de la ley 13.349 (Comisión del Papel). Octubre 1968.